

Ágora

Tauromaquias. Defensa del toreo

Tauromaquias. Bullfighting defense

José Luis Rozalén Medina

Resumen

El autor aborda en este artículo una nueva perspectiva estética, socio-cultural y antropológica del tema «Filosofía de las corridas de toros», que *Diálogo Filosófico* ya ha tratado en un número anterior. En una primera parte, se explica la esencia, la magia, la profundidad del toreo y la fuerza de la tauromaquia en la sociología y la intrahistoria de España. En un segundo capítulo se expone un amplio muestrario de razonamientos en defensa o en contra del toreo de filósofos, escritores, toreros, artistas, ganaderos... Se cierra el artículo con una aproximación a la importante conexión que existe entre el mundo de los toros, el lenguaje y la vida: El toreo como metáfora del vivir.

Abstract

The author approaches in this article a new aesthetic, social-cultural and anthropological perspective of the subject «Philosophy of the Bullfighting», that *Diálogo Filosófico* has dealt with in a previous issue. In the first part, the essence, magic, depth of bullfighting and the strength of bullfighting in the sociology and intrahistory of Spain are explained here. In a second section there is a wide range of reason in defense and against the bullfighting of philosophers, writers, bullfighters, artists, breeders...The article closes with an approach to the important connection that exists between the world of bulls, language and life itself: bullfighting as a metaphor of the living.

Palabras clave: toreo, vida-muerte, arte, rito, metáfora.

Key words: Bullfighting, Life-Death, Art, Rite, Metaphor.

«Cavernario bisonteo, tenebroso rito mágico que culmina en el toreo»
(Miguel de Unamuno).

1. *Tauromaquia: «Arte y técnica de lidiar toros»*

Escribe Papini en su *Libro Negro* que «el triunfo sobre la fiera sensual y agresiva es la proyección invisible de una victoria interior. La corrida constituye el símbolo pintoresco y emocionante de la superioridad del espíritu frente a lo material, de la inteligencia frente al instinto, del héroe que sonríe frente al monstruo de espuma en el belfo o, si así lo preferimos, del sabio Ulises frente al cíclope ignorante».

Y es que, en efecto, pocas manifestaciones culturales hay en España que presenten una mayor riqueza lingüística e interpretativa que la del arte de torear; pocas expresiones antropológicas hay en el mundo tan hondas y auténticas como una corrida de toros, en la que la vida y la muerte salen a escena sin trampa ni cartón. Ciertamente es que, en muchas ocasiones, las corridas actuales, con sus «mentiras» y «falsedades», enmascaran el verdadero toreo y corrompen la pureza de la fiesta; sin embargo, a pesar de todo, a pesar de los «mercachifles del engaño», no hay duda de que la fiesta de los toros conserva el sentido profundo y misterioso que siempre tuvo: un ser humano, intentando crear una obra de arte, se pone gallardamente delante de la muerte.

Difícilmente podremos conocer la complicada intrahistoria de nuestro país desde el siglo XVI, y aun antes, si no nos asomamos al coso secular y abigarrado de las corridas de toros, óleos impregnados de tardes gloriosas o de trágicas jornadas, de chafarrinones esperpénticos o de pinceladas sublimes e inefables.

Ya Ortega y Gasset, en su libro *Sobre la caza, los toros y el toreo* escribe que «la historia de las corridas de toros revela alguno de los secretos más recónditos de la vida nacional española durante casi tres siglos. Y no se trata de vagas apreciaciones, sino que de otro modo no se puede definir con precisión la peculiar estructura social de nuestro pueblo, que es, en muy importantes órdenes, estrictamente inversa de la normal en las otras grandes naciones de Europa»¹.

Muchos pueblos adoraban a ese padre animal y primordial, pero parece ser que sólo los íberos lo toreaban. El toro ya está presente en la iconografía ibérica en muchísimas ocasiones; recordemos únicamente la antiquísima *Estela de Clunia*, en la que aparece un hombre a punto de alancear y derribar a un soberbio cornúpeto.

Nos recuerda Ortega en el libro anteriormente citado que «pocas cosas han apasionado tanto y han hecho tan feliz a nuestra nación, a

¹ ORTEGA Y GASSET, José: *La caza y los toros*. Espasa Calpe, Madrid, 1962, p. 141.

lo largo de su larga y ajetreada historia, como esta fiesta, sin perder de vista», comenta el gran filósofo español, «que el espectáculo taurino es sólo la faz o presencia momentánea de todo un mundo que vive oculto tras él y que incluye desde las dehesas donde se crían las reses bravas hasta las botillerías y tabernas donde se reúnen las tertulias de toreros y aficionados»².

Y si eso ocurría en tiempos de nuestro filósofo, hoy, en los días de grandes ferias: Madrid, Sevilla, Pamplona..., el interés por este espectáculo ha desbordado los estrictos límites taurinos y se ha convertido en un auténtico «hecho sociológico», como hoy se dice pomposamente: el público hace verdaderos sacrificios para conseguir una entrada, los periódicos, los programas radiofónicos y televisivos desmenuzan la corrida desde todos los ángulos, y muchos escritores, intelectuales y artistas abordan desde todas las perspectivas posibles el tema de la lidia, en muchas ocasiones con verdadero conocimiento, donaire y dominio de la lengua española.

La corrida desde hace mucho tiempo ha inspirado a poetas, antropólogos, novelistas, cineastas, filósofos, artistas de todo tipo: músicos, pintores, escultores, cantantes..., porque en ella no se busca, como dicen sus detractores, el sufrimiento cruel del toro, sino la sublime creación de una obra artística entre el toro (fuerza bruta sometida) y el torero (mente y corazón en búsqueda de la armonía estética). El toro, de esta forma, no muere oscuramente en el silencio sucio de un matadero, sino en el oro refulgente del dorado albero.

El toreo es grande sólo cuando es profundo y verdadero, cuando sabe armonizar en su esencia (y estas son, otra vez, ideas orteguianas) algo del deporte y del juego (poderío físico, dominio del cuerpo, finta salerosa), algo del ballet (elegancia en los movimientos), algo de la pintura (colores, matices, brillo, luz), algo de la técnica (conocimiento del toro y de los terrenos más apropiados para realizar la faena), algo del ceremonial de los cultos (signos, trajes, rituales, sacrificio, música...). El toreo es un juego muy serio entre el valor y la fatalidad, el dominio y la incertidumbre, la gloria y la muerte heroica.

El toreo hace de un simple juego un arte (y a veces una tragedia), y de una posible tragedia hace un juego elegante y peligroso: ésa es su grandeza y su misterio, extraños en tiempos como los nuestros poco dados a la lírica y la metafísica. El toreo, en medio de un mundo postmoderno, superficial y liviano, que no cree en la búsqueda de la verdad y la autenticidad (tiempos en que se impone la «postverdad»,

² Ibid., p. 143.

la mentira, la máscara) sí cree en la verdad de la vida y de la muerte, «disfrazadas de traje de luces», grabadas en su capote con letras de sangre y bravura.

En la plaza hay *toreros*, hay *público*, y, sobre todo lo demás y antes que nada, hay *toro*. «El conjunto de todo eso, no es abstracción, sino precisa, concreta e integralmente lo que se llama *corrida de toros*», un bien cultural y artístico en sí mismo, y que, en palabras escuchadas en una entrevista en Madrid a Francis Wolf, catedrático de Filosofía de la École Normal Supérieure de París, «significa una de las más originales creaciones de la Humanidad donadas por España a Europa, que ni los españoles, ni los europeos, podemos ni debemos perder... El buen torero transforma la embestida natural del toro, su fuerza vital e instintiva, y la convierte en excelsa obra de arte, algo radicalmente único en toda la historia de la humanidad».

Cuando en la solemne recepción del Premio Nobel de Literatura, contemplé al escritor peruano y español Mario Vargas Llosa brindar su éxito al mundo entero, llevando en su mano la montera que el gran Curro Romero le había enviado para la ocasión desde España, comprendí aún más la grandeza, la peculiaridad, la universalidad del bello arte del toreo.

2. *Los toros a debate: ¿Fiesta a extinguir, o espectáculo único, mágico, universal?*

Para reflexionar sobre esta cuestión tan candente y actual me apoyaré en manifestaciones y documentos muy recientes y significativos que pueden arrojar luz sobre asunto tan complejo y disputado. Por un lado, me ceñiré a lo expuesto por distintos escritores e intelectuales en la Mesa Redonda celebrada hace unos meses en el Auditorio de la *Fundación Canal de Isabel II* de Madrid, y, por otro, me acercaré, para su estudio y comentario, al documental *Toro*, de Alberto Esteban y Juan Carlos Gómez, también con reflexiones muy sensatas y sugestivas sobre el toreo.

2.1. *Mesa redonda sobre la vigencia, o no, del toreo*

Hace unos meses, como he dicho anteriormente, tuvo lugar en el Auditorio citado un apasionante coloquio en torno a la actualidad,

vigencia o decadencia de los toros en España. Cuatro *espadas*, cuatro, fueron los que construyeron pase a pase, con conocimiento y lucidez, sus respectivas «faenas» o «anti-faenas»: Arcadi Espada (filósofo y periodista), Javier Sádaba (catedrático de ética), Sánchez Dragó (periodista y escritor), y Miguel Angel Moncholi (periodista especializado en información taurina). Todos ellos fueron presentados y moderados por el «director de lidia» Carlos Rodríguez Braun, catedrático de la Universidad Complutense de Madrid.

A petición del coordinador del debate, profesor Rodríguez Braun, los cuatro intervinientes en el debate intentaran resumir en una frase su posición de salida. Arcadi Espada se despachó con esta rotunda y discutible afirmación: «A los toros los matará la Ciencia». Sánchez Dragó se abre de capa con valentía: «Hemos de parar los pies a los anti-aurinos, porque, si no es así, será el fin de una de las especies más bellas de la tierra: la del toro de lidia». Javier Sádaba, sin inmutarse, nos endilga esta frase: «La fiesta de los toros es la parte más negra de la historia de España». Miguel Ángel Moncholi abre el compás y da los primeros lances a la verónica: «No sé si es el gobierno de España o son las autonomías más independentistas las que quieren hundir la fiesta más popular y española, pero los aurinos lo único que pedimos, en nombre de la libertad, es respeto, el mismo que nosotros tenemos a quienes no les gustan los toros».

Inicia su faena Arcadi Espada manifestando que «los toros son una fiesta decadente que sufre una lenta extinción. A pesar de todo, tal vez, en el futuro, el predominio en nuestro mundo globalizado de “lo virtual” pueda influir positivamente en el renacimiento de “lo real”, y no hay nada más real que una corrida de toros, en donde la sangre y la muerte son auténticos, verdaderos». Sin embargo, manifiesta Espada, por motivos espurios de carácter político los catalanes han caído en una gran contradicción e hipocresía, ya que han admitido en su Autonomía la permanencia de los «carrer-bous» tradicionales, espectáculo más bárbaro que la corrida de toros, menos refinado y reglamentado. No cabe duda de que la política ha invadido la vida social y cultural de la gente.

Comienza su intervención Sánchez Dragó afirmando que hasta ahora los *aurinos* y los *anti-aurinos* han ido por distintos caminos y no se han interferido en sus gustos y preferencias, no se han peleado, hasta que ha llegado «lo de Cataluña», que, evidentemente, tiene un claro tufo anti-español y separatista. Intentando hacer faena al morlaco que tiene delante, afirma Dragó que podemos contemplar en las corridas de toros *dos aspectos fundamentales*

que se complementan: el *artístico* y el *ético*. En cualquier corrida de toros podemos encontrar reunidos «más momentos de belleza, de arte, de ritmo, de color... que en el Museo del Prado» (cita, para corroborar esta idea, al filósofo Gómez Pin). En cualquier corrida de toros (recuerda ahora Dragó al profesor Francis Wolff, que también defiende estos valores) aparecen tal cantidad de *valores morales* (esfuerzo, coraje, arrojo, valor, dignidad, enfrentamiento al dolor y a la muerte, dominio de sí mismo...), que todos ellos deberían ser enseñados en las clases de ética y de educación ciudadana. ¿Por qué tiene que desaparecer una fiesta tan arcaica (en el buen sentido de la palabra, como algo primigenio, limpio, auténtico...), tan antigua, tan verdadera, tan genuina, tan artística, en medio de un mundo tan materialista y pragmático? «Indudablemente, los toros le hacen falta a esta sociedad tan prosaica y utilitarista».

«Desde las Cortes de Cádiz», remata Sánchez Dragó, «se votó en España Sí a las corridas de toros, y yo, desde luego, sólo votaré al partido político que se comprometa a decir sí a nuestra fiesta, hermosa, recia, inigualable... ¿Cómo en algunas partes de España se prohíben las corridas de toros, que es un juego limpio y reglamentado, y admitirse por ley parlamentaria que una chusma sin control haga sufrir sin piedad a un toro por las calles?» Evoca Sánchez Dragó las palabras pronunciadas recientemente por el premio Nobel de Literatura Vargas Llosa: «Si se suprimieran las corridas de toros, sufriría una herida profunda la libertad humana».

El toro de lidia debe su existencia al toreo, y si desaparecieran las corridas de toros, desaparecería de nuestros campos esta especie única e incomparable; el toro de lidia es un animal bellísimo que en la dehesa vive feliz y en la plaza se le permite luchar valientemente hasta el final. Además, sigue diciendo el escritor soriano, «según los últimos experimentos llevados a cabo en distintos laboratorios veterinarios universitarios, se ha comprobado que el toro de lidia segrega en su pelea en la plaza unas hormonas o endorfinas que le permiten superar sin problemas el posible dolor; se sabe también de forma experimental que sufre más, por ejemplo, el toro en un triste matadero, que en la pelea abierta que lleva a cabo en la plaza».

En este momento, el moderador, Rodríguez Braun, insinúa a los intervinientes que podría ser muy interesante hablar también de la importancia que el mundo de los toros ha tenido, y tiene, en la historia, en la economía de España: ya decía Ortega (lo recordábamos más arriba) que no se podía entender *la intrahistoria de nuestra nación* sin comprender *el mundo de los toros* en su amplia y compleja

realidad.

Toma la palabra a continuación el profesor Javier Sádaba y plantea su intervención en estos términos: ¿Fiesta a extinguir? Sí, contesta; de hecho, cada vez hay menos corridas y menos afición: sus alumnos universitarios, dice, apenas si hablan de toros y no asisten a ninguna corrida. ¿Debe extinguirse? Sí, contesta también. Sopesando los bienes que la fiesta pueda tener en el orden social, económico y estético («que sin duda los tiene», afirma), desde el punto de vista racional y ético, el catedrático está en contra radicalmente de los toros, porque los animales no pueden estar a nuestro servicio, ni se les puede martirizar: el ser humano debe siempre «minimizar el dolor y maximizar el bien», y la ética universal nos impulsa a eliminar el sufrimiento de todos los individuos de este mundo.

Se abre un segundo turno de intervenciones en que los participantes pueden intervenir cuando lo crean oportuno. El moderador lanza *algunas posibles propuestas de debate*: declaración de los toros en la Comunidad de Madrid como bien de interés cultural, la prohibición en otras Comunidades, el problema de si se debe llamar «fiesta nacional» o no, la ética en los animales irracionales, la conciencia del dolor...

Es Arcadi Espada el que se adelanta hacia el centro del albero y lancea de esta guisa: «Como he apuntado anteriormente, la negación de los toros en Cataluña se ha convertido tristemente en un *signo identitario* de lo que algunos llaman “nación catalana” frente a “lo español”. Una cosa es que nos gusten o nos dejen de gustar los toros, y otra muy distinta es prohibirlos... El poder político debe velar sin duda alguna por mantener las costumbres y tradiciones populares de rancia tradición que estén dentro del respeto a las normas éticas fundamentales».

Sánchez Dragó y Miguel Ángel Moncholi, al alimón, manifiestan que no se puede pasar por alto el carácter de dignidad personal, de autenticidad, de valentía, de veracidad, de enfrentamiento a la posible cogida o a la muerte que tiene siempre el toreo; ni tampoco se puede obviar el que todos esos valores (y muchos más) se desprenden de forma espontánea y necesaria de la noble actitud del torero, de la esencia misma de la faena, aunque el matador no los busque de forma ostentosa, ni chulesca... «El toreo rezuma Belleza y Verdad por sus cuatro costados».

A continuación, Sánchez Dragó, en solitario, hace de nuevo hincapié en los interesantes planteamientos que Francis Wolff expone en su obra *Filosofía de las corridas de toros*: «La relación del hombre con los toros durante su vida y durante su último combate es, en

muchos sentidos, *ejemplar* en cuanto demuestra un *enorme respeto* a este animal y a toda la especie animal... El *estatuto ético* del toro en la corrida podría servir de modelo para el que debemos tener hacia todos los animales... En la lidia, el Hombre no está frente al toro como ante una cosa que puede destruir y tirar, sino ante un ser vivo dotado de una personalidad singular, criado con respeto de su naturaleza y matado con la consideración que se debe a su ser»³.

Interviene a continuación el profesor Javier Sádaba para puntualizar que no es lo mismo *Ética* que *Estética*, y que, aunque no niega los elementos artísticos (música, baile, colores, ritmo...) que se pueden dar en la corrida de toros, no puede admitir éticamente el sufrimiento reiterado del toro de lidia. En una sociedad ilustrada y ética del futuro hay que evitar todo el dolor posible y refinar la sensibilidad de los pueblos. En esta situación ideal las corridas de toros no tienen cabida.

Cierra el tercio Miguel Ángel Moncholi con su habitual tono de mesura y entendimiento: «Hay que tener en cuenta», matiza el periodista taurino, «que el toro de lidia es un animal especial, diferente, y la corrida de toros representa toda una liturgia, un rito lleno de símbolos y movimientos casi mágicos»... Los poderes públicos deben preservar el patrimonio cultural de todos los pueblos de España y no coartar la libertad de ninguna persona, le gusten los toros o no. «Son dos vías que corren paralelas, que tienen que respetarse en libertad, no odiarse».

Tal vez, pensamos nosotros, esta actitud de tolerancia hacia los demás, de armonía y respeto, sea una virtud (otra más) característica y definitoria del hermoso espectáculo de los toros, en donde nunca puede haber odios ni desprecios hacia nadie, ya que el único objetivo de esta fiesta inigualable es la *búsqueda incansable e inasequible de la Belleza Perfecta*, de la *Faena Perfecta*, de aquellos ideales maravillosos y plenos que, según nos cuenta el viejo (y permanentemente vivo) Platón, siempre serán buscados por el ser humano; valores nunca conquistados plenamente en el mundo de las sensaciones, de las experiencias vividas en este mundo de los sentidos, («cosmos aiszetós» lo denomina el filósofo griego), pero a los cuales los seres humanos nunca podemos renunciar, como horizontes ideales de plenitud y perfección en el llamado «cosmos noetós». El torero, sin duda alguna, en su búsqueda heroica de la perfección absoluta, encuentra muchas veces la gloria y también la muerte.

³ WOLFF, Francis: *Filosofía de las corridas de toros*. Bellaterra, Barcelona, 2008, p. 40.

A propósito de esta búsqueda insaciable de la Belleza esencial, total, del toreo, hace unos días he podido contemplar el hermosísimo y reciente cortometraje «Amanecer», auténtica obra de arte, síntesis perfecta de la brillantísima prosa poética del escritor Antonio García Barbeito, y de las imágenes y melodías, llenas de embrujo y de encanto, del cineasta americano Samuel Fac Fadden, autor-responsable de la pequeña joya. «No hay arte alguna en donde estén tan unidas la belleza y la verdad como en el toreo... El torero siempre sueña con ellas», manifiesta el autor americano. Y luego añade: «El amor a la belleza surgió en mí al mismo tiempo contemplando a Manet y Goya, leyendo a Dante y Cervantes, viendo una faena de Ponce o José Tomás».

Finaliza el coloquio. Se van apagando las luces de la «plaza-debate» y se van encendiendo las farolas amarillentas de la gran ciudad que, sin remisión, camina hacia la noche; vamos saliendo a la calle y vamos pensando: «Verdaderamente qué difícil es llegar al meollo, al núcleo definitorio del toreo, a su fundamento básico. Porque, no cabe duda de que para hablar con claridad y exactitud de cualquier realidad, hay que saber definir con precisión esa realidad, hay que saber determinar con exactitud en qué consiste su esencia, su naturaleza». Y ahí está el problema. Como acertadamente escribe Francis Wolff en su obra citada, la fiesta de los toros es una realidad tan compleja y rica, tan viva y proteica, que «no podemos definirla en toda su extensión e intensidad, no podemos determinar a qué género pertenece». Porque, en efecto, se pregunta el pensador francés, la corrida de toros ¿qué es?, ¿es cultura, deporte, arte, ballet, juego, técnica, rito, liturgia, simbología...? En realidad, es todo eso y muchas más cosas: «La corrida de toros es un drama inclasificable, un desafío al orden establecido entre juego y seriedad, entre lo profano y lo sagrado, entre representación y realidad, entre tragedia verdadera y actuación plástica»⁴. La corrida de toros es un espectáculo que no admite parangón, algo inigualable, que bien merece la pena salvaguardar y defender como Patrimonio Cultural de toda la Humanidad.

Me vienen a las mientes aquellos enardecidos versos que Miguel Hernández dedicó a los españoles para que pusieran su espíritu en tensión: «Despierta, toro: esgrime, desencadena, víbrate./ Levanta, toro: truena, toro, abaláznate./ Atorbellínate, toro: revuélvete./ Sálvate, denso toro de emoción y de España./ Sálvate»⁵.

⁴ Ibid., p. 17.

⁵ HERNÁNDEZ, Miguel: *Antología poética*. Orbis, Madrid, 1997, p. 249. El poema se titula «Llamo al toro de España».

2.2. Documental: *Toro*

Como complemento necesario a los argumentos anteriormente expuestos, quiero hablar a continuación del estupendo documental: *Toro*, dirigido por Alberto Esteban y Juan Carlos Gómez, y laureado en diversos países de Europa e Hispanoamérica. En él, de forma rigurosa, huyendo de tópicos manidos y superficiales, expresan sus pensamientos y sus sentimientos sobre el complejo mundo de los toros y el toreo filósofos, escritores, antropólogos, ganaderos, toreros, artistas... que con toda seguridad contribuirán a iluminar el debate. Resumiré algunas de estas interesantes reflexiones.

Francisco Zumbiehl, filósofo, manifiesta que el toreo es la representación viva y actual de la lucha entre Teseo y el Minotauro, el triunfo de la inteligencia sobre la fuerza bruta. El toreo realizado con temple es capaz de parar el tiempo, es una magia que transforma un momento de arte efímero en una experiencia sublime, única, irrepetible. Frente a la «ñoña ideología Disney» de muchos de nuestros niños y jóvenes, que no saben nada de la verdadera naturaleza de los animales, que piensan que el filete que se van a comer en el plato no viene de un animal previamente sacrificado, hay que reivindicar la realidad viva del animal, la grandeza y autenticidad del toro bravo y del toreo.

Francisco Esplá, torero, está convencido de que el arte del toreo es un rito para paliar el misterio y la angustia de la muerte. Ante este misterio, el Hombre inventa el toreo. El toreo, como escribió Valle Inclán, «es sublime por ser efímero». El torero ha conseguido frente a la animalidad del toro, con conocimientos técnicos e inspiración, crear arte vivo, superador de la muerte.

Victorino Martín, veterinario y ganadero, está seguro de que el ataque a las corridas de toros por los llamados «animalistas» (que, por cierto, no saben lo que es un animal, ni cómo se comporta en el campo, ni cómo se cuida y se mimaba) proviene del predominio actual de la cultura anglosajona, que se cree superior a la mediterránea. Ya en Creta, en la cultura minoica, se jugaba con el toro. El toreo es mucho más profundo y auténtico que un simple juego acrobático, es un espectáculo en donde juegan de verdad la vida y la muerte. No se puede llevar al matadero a una raza única, espléndida. Las fincas de toros bravos tienen un rendimiento cinco veces superior que las demás fincas en las que no pastan toros bravos. El mejor aliado del respeto a las fincas ganaderas es el toro bravo.

Araceli Gillaume, historiadora y antropóloga, escribe que en

España, desde el siglo XVI hasta hoy, han existido siempre las corridas de toros, con altibajos, con reformas y mejoras, con prohibiciones, con nobles y plebeyos en el albero y en las gradas, con escuelas y estilos diferentes, pero siempre se han mantenido en nuestra historia. Igual que el jazz es universal, el toreo puede llegar a ser un «espectáculo universal». Ella está convencida de esto. Los franceses, mucho más racionales y desacomplejados que nosotros, de izquierdas o de derechas, de cualquier ideología o pensamiento político, nos dan ejemplo y creen en la fuerza del toreo como «arte universal».

Cristina Sánchez, torera, afirma que el toreo te marca en la plaza y fuera de ella. Las virtudes o fortalezas que ella pueda tener en su vida las ha aprendido en la plaza: dignidad personal, exigencia, dominio del miedo, creatividad, solidaridad con los demás, sacrificio, valorar en su justo término el triunfo y el fracaso... lo aprendí toreando.

Albert Boadella, dramaturgo y escritor, proclama que el toreo es la manifestación más compleja y singular del último de los grandes mitos y ritos de la Humanidad, en donde se dan la mano el miedo, el valor, el dolor, el triunfo, el fracaso, el arte, la vida y la muerte... En él no hay mentira, ni ficción, ni cartón-piedra, ni sangre falsa, como puede haberlas en el cine, en el teatro, o en otras manifestaciones artísticas o deportivas. Aquí todo es auténtico. Aquí la vida y la muerte son de verdad. Parece «casi milagroso» que se conserve un espectáculo de estas características en pleno siglo XXI, un siglo inodoro, aséptico, amorfo ante los grandes valores. En los toros hay poesía. Y sin poesía no hay arte. El toreo es poesía, puesto que consiste en hacer con «lo mínimo» (un trapo, una muleta) «lo máximo» (dominar con arte y elegancia a una fiera). La muerte está ahí esperando y es parte de la vida del toro y del torero. No hay parangón posible entre un torero y otro artista. Y cita al poeta Angel González: «No burlaste a la muerte. No pudiste. El cuerno y el pincel, confabulados, dejaron la derrota confirmada».

Ramón Arón, escritor y periodista, piensa que el toreo «trasciende el tiempo, es inmortal». El torero es un héroe de tal magnitud que debe reunir en su persona tal número de virtudes humanas, técnicas y artísticas, que pocas personas pueden llegar a serlo. En el espectáculo taurino se funden Eros y Zánatos, el Amor y la Muerte, y por eso es único, excelso, inmortal.

Mosterín, filósofo, recientemente fallecido, cree por el contrario que, a pesar de que algunos llamen al toreo: rito, arte, mito... en realidad «es el paradigma de la crueldad». Los jóvenes del futuro no irán a los toros, ocuparán su tiempo de ocio en otros menesteres. Y

está seguro de que los políticos no prohíben los toros porque piensan que les restaría un montón de votos, pero pronto lo harán.

El Juli, figura del toreo actual, manifiesta que él es y vive «como torero», y no sabría vivir de otra forma, procurando realizar en su vida personal y social los valores que ha aprendido delante del toro: «¿Por qué sigo toreando, me pregunto, si ya tengo solucionada mi vida, si tengo familia, bienestar, fama, dinero? ¿Por qué me arriesgo a perder la vida cada tarde que toreo? Porque no sé vivir de otra forma».

Fernando Savater, filósofo, piensa que, aunque el toreo es creación de los españoles, no por eso hay que llamarlo «fiesta nacional». Hay españoles a los que no les gusta esta fiesta, por lo que llamarla a sí puede dañarla a la larga, más que el ataque de los «animalistas». Hay que dejar libertad para que cada cual elija. Si las ideologías más atroces del siglo XX (fascismos, comunismos bolcheviques...) son totalmente rechazables, hoy día la más ridícula y deleznable es el «animalismo», puesto que se basa en una hipócrita y exagerada moral. «Hay que recordar que los animales no tienen ni “derechos” ni “deberes”, ni están dentro del mundo racional y libre de la Ética, aunque, por supuesto, no haya que usar la crueldad ni el maltrato con ellos».

Sebastián Castella, torero francés-español, considera algunos momentos de la faena tan mágicos, tan estéticos, tan bellos, que parecen un ballet; en ocasiones, con sangre, eso sí, pero realmente hermosos. Quien sólo se queda en los momentos ciertamente crueles que la lidia tiene en algún momento, se queda en las ramas, no llega al meollo de la verdad del toreo.

3. El toreo y la faena del vivir

Pocas actividades humanas existen más vivas y vitales que el arte del toreo. Toreo y Vida profundamente unidos. Aparte de que el toreo es, como hemos visto anteriormente, «síntesis creador brillante de arte, técnica, danza, deporte, música, color, rito, mito...», una de las manifestaciones antropológicas y culturales más rica y compleja, aparte de que ha sido fuente de inspiración para poetas, pintores, escritores, filósofos..., la fiesta de los toros nos muestra en su vocabulario, en su lenguaje, en su terminología, en sus dichos, una conexión esencial con la faena del vivir. Todo el mundo conoce (sea taurino o no) lo que significan, aplicadas a la vida cotidiana, estas expresiones: «¡Hay que arrimarse!», «dar una larga cambiada al tema», «salir a hombros por la Puerta Grande», «cortar oreja y rabo», «no tener un pase», «ser

empitonado», «parar, templar y mandar», «ser un marrajo», «darle la puntilla»... por citar sólo algunos de los muchos dichos de nuestra lengua.

Precisamente hace unos meses, la catedrática de la Universidad de Moscú, Nina Solovyeva, ha presentado en el Centro Cultural de la Plaza de Toros de las Ventas, en Madrid, el «Club Taurino de Rusia», y ha pronunciado una magnífica conferencia sobre el toro y el toreo como conceptos clave en la cultura y el idioma de España.

Se da, pues, una *bonda conexión entre el Toreo y la Vida*. Porque, en efecto, en el centro de la plaza, en el dorado y peligroso redondel de nuestra vida nos encontramos todos los seres humanos dispuestos a realizar «la gran faena del vivir». Ahí estamos todos: unos van de maestros de grana y oro, con la alforja bien repleta, el triunfo en sus labios y el apotegma en sus rotundas afirmaciones; otros, de novilleros meritorios, persiguen sin tregua el éxito que tal vez les proporcione apéndices y conquistas. Ahí estamos todos en el albero de la existencia: unos, triunfadores envidiados y adulados; otros, becerristas sin picadores, con el traje alquilado y maltratado por cien aviesas cornadas traicioneras, esperando siempre la suerte que nunca les llegará; algunos, ni siquiera han pasado de puntilleros, monosabios o areneros, sueñan que soñaron un día.

Y en la arena dorada del vivir salta al ruedo el morlaco, astifino y corniveleto, y cada uno lo lidia como quiere y puede. Unos, con arreglo a los más estrictos cánones, intentan estirarse y envaran su perfil, resultando artificiales. Otros, desaliñados y caóticos, le endilgan al bicho «veinte mil pases» sin sentido entre el esperpento y el circo. Los hay que se recrean en la faena y ponen hondura y verdad en los lances, dejándose los alamares en cada embestida, el corazón en cada rechazazo. Los hay que intentan salvar con la técnica lo que les negó el arte y la inspiración. Los hay que pretenden engañar al público y llevarse la bolsa sin arrimarse, sin torear, alegando que no eligieron ellos el ponerse delante de la fiera.

Y salen por los chiqueros de la vida bichos de todos los calibres y zooformas: zaínos y «bragaos», pastueños y «encastaos», «aleonaos» y ojo-perdiz, burriciegos y cárdenos, luceros y gachos, con los pitones «astillaos» o con la mazorca gruesa, nobles o con la pérfida intención de partirnos la femoral o los testículos ¡Y hay que lidiarlos! *Estamos inexcusablemente condenados a hacer faena*. Aunque decidamos salir corriendo y saltar al callejón, también *tenemos que decidir* realizar esa miserable faena de huida y de vergüenza.

A pesar de las oleadas y los insultos de la solanera, a pesar de

las críticas excesivas de los del 7, a pesar de los aplausos y olés de los tendidos de sombra, *estamos solos ante el peligro y debemos dominar al toro en la profunda soledad de nuestra existencia*. Y no es fácil conseguirlo. Parar, templar, embarcar, mandar, salir airoso del lance, con la figura erguida, la mente clara y la muleta tersa, sólo es privilegio de los elegidos, para quienes los dioses trenzaron una corona de laurel.

En muchas de las faenas de los tiempos que corren hay más engaño que autenticidad. Pocos se juegan la vida con dignidad y coraje en busca de un ideal, de una utópica lección de tauromaquia. Se aplica impunemente el pico de la muleta y parece que se torea, pero se está timando al público, porque no existe peligro, ni emoción. Se embadurnan el traje de luces con la sangre de los costillares del cornúpeto, pero el peligro de los pitones quedó lejos. Se agarran torpemente a los cuartos traseros, pero no hay desafío elegante, peligro auténtico, valor sin trampa ni cartón, franela adelantada, embarque sostenido, sinfonía prodigiosa de una muñeca dominadora y artista; en definitiva, en el centro de la arena, como en el cogollo de la vida misma, hoy se torea y se vive, muchas veces, de forma mentirosa, engañosa, falsa.

Y se convierte así la faena y la vida en un actividad ruin y pequeña, sin vigor, sin altura, sin entrega, sin verdad; se transforma la lidia y la vida en una inmoral pantomima que produce beneficios, crea personajillos, regala prebendas, destruye la historia, encumbra inmorales y charlatanes, engorda cuentas corrientes, multiplica sueldos y secretarías, acumula comilonas, visas, saraos y amantes, pero no eleva un milímetro la Belleza, el Bien o la Verdad de este mundo.

Cuando suenen los clarines de muerte, cuando las mulillas enjaezadas con colorines y banderolas arrastren al bicho hacia el desolladero, cuando las abigarradas gradas del moderno anfiteatro se vayan quedando desiertas, cuando las sombras del atardecer vayan cayendo sobre el albero de oro, allí quedará sólo el matador, el humano artista, con la taleguilla desgarrada por la dura brega, sin oro en su chaquetilla, con la negra montera en la diestra y el capote plegado en la siniestra.

Entonces, cuando se apaguen definitivamente los clarines y timbales de la plaza, cuando no salga más por la boca de chiqueros y de la vida ningún toro de oscuridad y misterio con la divisa prendida en su morrillo, cada «mataor», cada ser humano, sabrá si su faena en la plaza y en la vida ha merecido las dos orejas y el rabo, o, por el contrario, ha sido silbada, abucheada, ridiculizada, silenciada, olvidada... en una mostración cruel de que se ha toreado y vivido en balde.

No cabe duda de que, entre las muchas pinceladas definitivas de la Tauromaquia como fenómeno artístico-cultural-antropológico-transversal que aquí hemos visto, no es la menos honda y filosófica ésta de aparecer como metáfora brillante y luminosa de la existencia humana.

4. Bibliografía

- AMORÓS, Andrés: *Lenguaje taurino y sociedad*. Espasa Calpe, Madrid, 1990.
- *Toros, cultura y lenguaje*. Espasa Calpe, Madrid, 1999.
- BENNASSAR, Bartolomé: *Historia de la tauromaquia. Una sociedad del espectáculo*. Pre-textos, Valencia, 2000.
- BERGAMÍM, José: *El arte de birlibirloque*. Renacimiento, Sevilla, 2016.
- COSSÍO, José María de: *Los toros. Tratado técnico-histórico*. 12 tomos. Espasa Calpe, 1943-1997.
- DÍAZ CAÑABATE, Antonio: *Paseillo por el planeta de los toros*. Lucan, Madrid, 1996.
- GÓMEZ PIN, Víctor: *La escuela más sobria de vida*. Espasa, Barcelona, 2002.
- HERNÁNDEZ, Miguel: *Antología poética*. Orbis, Madrid, 1997.
- MOSTERÍN, Jesús: *¡Vivan los animales!* Debate, Barcelona, 1998.
- ORTEGA Y GASSET, José: *Sobre la caza, los toros y el toreo*. Espasa Calpe, Madrid, 1962.
- PAPINI, Giovanni: *El libro negro*. Mundo Moderno, México, 2005.
- ROZALÉN MEDINA, José Luis: «El toreo como metáfora de la vida», en *ABC* 4-7-2007.
- SÁNCHEZ DRAGÓ, Fernando: *Gárgoris y Habidis: Una historia mágica de España*. Planeta, Barcelona, 1978.
- SAVATER, Fernando, *Tauroética*. Turpial, Madrid, 2010.
- WOLFF, Francis: *Filosofía de las corridas de toros*. Bellaterra, Barcelona, 2008.
- *50 razones para defender las corridas de toros*. Almuzara, Córdoba, 2011.

Recibido el 14 de marzo de 2018
Aprobado el 13 de abril de 2018

José Luis Rozalén Medina
Madrid
jlroزالenmedina@hotmail.com